

Europa, ante la prueba electoral

MEDIANDO pocos días de diferencia, ingleses y austriacos han votado en sentido contrario. Con mayoría conservadora, los primeros; renovando su confianza al Partido Socialista de Bruno Kreisky, los segundos. La diferencia en la expresión de la voluntad popular ha sido sin embargo más aparente que real. El socialismo del «abuelo Bruno» es, en efecto, uno de los más moderados y alejados de cualquier tipo de doctrinismo colectivista y de intención planificadora que existen en Europa. Nada más ajeno al Partido Socialista Austriaco que los ambiciosos proyectos de establecer una «nueva sociedad» o de conseguir el «cambio de vida» que ofrecen los socialistas franceses junto con el símbolo de la rosa cogida por un puño cerrado. Pero también en Francia las elecciones de marzo del año pasado congelaron la aplicación de las promesas de Mitterrand y le devolvieron la confianza a Raymond Barré, que ha tenido la valiente sinceridad de propugnar desde el Gobierno una gestión neoliberal de la política económica.

Ya en 1976 el electorado sueco había roto con el «paraíso social» que con tanto celo regía Olof Palme. Por no hablar de Finlandia, donde la vigilante vecindad de Rusia no pudo evitar en los últimos comicios un claro avance de la derecha.

La visita que el canciller alemán Helmut Schmidt acaba de hacer a Margaret Thatcher indica que se está produciendo un cambio en la orientación política de la Europa occidental. Schmidt, jefe de un Gobierno de predominio socialdemócrata, ha declarado que es mucho lo que le une a la «premier» conservadora. No en vano el Partido Socialista Alemán, desde el Congreso de Bad Godesberg de 1959, se aligeró de cualquier carga ideológica marxista y nacionalizadora y, por ello, se halla muy próximo a las posiciones del socialismo austriaco. Ambos partidos eluden las referencias a un «salto de cualidad», pero al mismo tiempo gobiernan en dos de los países que mejor están capeando el temporal de la crisis económica general. Cuando se aproximan las elecciones por sufragio universal para cubrir los escaños del Parlamento europeo y se especula sobre si en el hemisferio de Estrasburgo puede dominar la componente socialista o la conservadora, bueno es tener en cuenta estas consideraciones sobre el mapa político actual de la Europa comunitaria.

La enseñanza de la religión

«DIGA a los obispos españoles que no teman a la instauración de la libertad religiosa.» Así se expresó, según cuentan, el Papa Paulo VI en los tiempos inmediatos al Vaticano II ante una destacada personalidad de nuestro país. Aunque regulada jurídicamente en España desde 1967, la libertad religiosa va a ser ahora objeto de un mayor reconocimiento, en virtud de nuestra evolución político-social y en aplicación del texto constitucional, de la próxima ley de libertad religiosa y de los acuerdos ya firmados entre la Santa Sede y el Estado. Parece especialmente oportuno recordar el consejo de Paulo VI, cuando la libertad en el ámbito religioso está afortunadamente ya en puertas, pero no como una panacea que resuelva todos los problemas, sino como una exigencia de planteamientos más complejos y más exigentes para la comunidad católica, la mayoritaria en el país.

Lo anterior nos parece perfectamente aplicable a una «cuestión batallona» si las hay: la enseñanza de la religión en los niveles de educación no universitaria y en los de las escuelas universitarias de formación del profesorado. Hasta ahora, y durante largos años, se dio enseñanza religiosa católica obligatoria a todos. Ahora se ofrece a todos: se reconoce el derecho de los padres sobre la educación moral y religiosa de sus hijos en el ámbito escolar, pero, por respeto a la libertad de conciencia, dicha enseñanza no tendrá carácter obligatorio; queda garantizado, eso sí, el derecho a recibirla a petición de los padres o de los alumnos y con la adopción de las medidas oportunas para que el hecho de recibir esta enseñanza no suponga discriminación en la actividad escolar.

Muchos y delicados son los cabos que hay que atar; la puesta en práctica de estas diversas exigencias, con unos reducidos equipamientos y unos horarios escolares sobrecargados, no va a ser tarea precisamente fácil. Existe un peligro de marginación total de la religión,

En la transición

Los residuos del antiguo régimen

A menudo, prácticamente cada día, la prensa local informa sobre episodios más o menos escandalosos que revelan la tozuda resistencia de ciertas gentes a los cambios institucionales ahora en curso. El paso de la dictadura a la democracia parlamentaria, bien mirado, no podía ser fácil, ni lo será. Resulta infantil creer que bastaba para ello media docena de reales decretos y dos o tres ejercicios electorales. Quizá en otras circunstancias, sí, habría sido suficiente. Pero el régimen de Franco duró muchos años, y tenía que dejar tras de su extinción grandes y graves rémoras, imposibles de eliminar o ni siquiera de mitigar en poco tiempo. Al fin y al cabo, lo ocurrido hasta hoy no es sino mera «transición»: quiero decir que no hubo «ruptura», para bien o para mal, y a ello hemos de atenernos. Sólo que la «transición» implicaba, de manera fatal, una dosis notoria de continuismo. Eso es algo tan obvio, que no vale la pena de subrayarlo. Ignoro quién pueda haberse hecho la ilusión de que la cosa funcionase de otro modo. Si alguien cayó en la trampa, los hechos se encargan de abrirle los ojos.

Y al parecer, eso que habitualmente se llama «la consolidación de la democracia», aquí y en este momento, encuentra en la herencia franquista uno de sus mayores obstáculos. No el único, desde luego. Existe el problema del terrorismo, más complejo de lo que las declaraciones oficiales pretenden hacernos creer. Y el de la dichosa «crisis económica», con la secuela del paro, de las huelgas, y de lo demás. Una parte de ese mini-caos que vivimos todavía es atribuible al franquismo: aquellos polvos trujeron estos lodos, por supuesto. Pero tampoco hay que exagerar. La incidencia de factores externos es oprobiosa: tanto o más que en 1930, cuando intentaron liquidar la dictadura de Primo. Con todo, si ese mínimo de democracia que es la parlamentaria ha de asentarse con una relativa estabilidad en el territorio del Estado español, ha de empezar por «digerir» los residuos del sistema anterior. O «escupirlos», «vomitarlos» o como se quiera decir: expelerlos de su engranaje. En el fondo, nadie —ni la derecha, naturalmente, ni la izquierda, por temores evidentes— se ha atrevido a plantear el problema en términos limpios.

El fantasma del «revanchismo» se cierra sobre el embrollo. Sospecho que sólo es un fantasma: por ninguna parte se ve la aspiración a una «revancha», a una «re-venganza», que nos remitiría a fechas históricas que todos preferimos olvidar o que, a lo sumo, se incorporen al papel circunscripto de las monografías eruditas. No será «revanchismo» cual-

quier proyecto que, para asegurar la democracia prometida, imponga una desintoxicación ideológica a niveles profundos. ¿Cómo podrá confeccionarse una «democracia», por modesta que sea, si las nuevas instituciones —teóricamente nuevas— siguen en manos de individuos que le son hostiles, por intereses, por convicciones, por simple rutina? Una «democracia» sin «demócratas» es una falacia como otra cualquiera. Con el delicado eufemismo de los «poderes fácticos», ya hubo quien apuntó la hipótesis de una reacción, probablemente regresiva, y violenta, ante una opción que no pasa de ser mediocremente «liberal». Los «poderes fácticos», aquí y en todas partes, son muchos y variados: generales y arzobispos, banqueros y catedráticos, policías y caciques, un sencillo guardia municipal. No son ninguna novedad, precisamente. Con ellos hay que contar. Si ellos rechazan la «democracia»...

Bueno. La cuestión tendría que examinarse con una atención especial a la «cronología». La maquinaria del Estado español, en todos sus aspectos, es una criatura franquista: la reciente Monarquía constitucional no puede desprenderse de ella, aunque quisiese. Los múltiples escalafones que constituyen el tinglado proceden de una época y de una mentalidad antidemocráticas, y hay que esperar el relevo. Que se jubilen. Es dar tiempo al tiempo. Y dar esperanza a la esperanza. Cuando, un día, los jueces, los empresarios, los coroneles, los delegados de Hacienda, los registradores de la Propiedad, la entera burocracia pública, desde los ministerios a los municipios, y la otra burocracia, la privada, tan decisiva como la otra, se «renueven», otro gallo nos cantará. Tendrán acceso a esos puestos-clave individuos ya no «franquistas». No me hago demasiadas ilusiones: no serán «franquistas» y se quedarán en «conservadores». Menos da una piedra. Un «conservador» inteligente —si no es inteligente ya no será «conservador», será «fascista»— sería la eventualidad afeable... La verdad es que apenas hemos salido de la Edad Media, en estos pagos. La «clase política» actual, en el poder o en la oposición, es contemporánea de Felipe III o de Felipe IV: covachuelista, tonta, infatuada, mema, divanciada de las impacencias populares.

Dejemos eso. Y volvamos a nuestros carneros, como decía Rabelais. Lo patético de los «neo-demócratas» que se nos ofrecen en candidaturas es que muchos de ellos son criptofascistas, y no pocos situados en las aparentes «izquierdas» en mercado. Actúan como tales, al menos, y sin disimularlo demasiado. Si don Fulano de Tal, procedente de una su-

puesta «democracia-cristiana», todavía arrastra la consigna juvenil de «Todo el poder para el Jefe» gilroblista y jubilado Gil Robles, ¿qué cabe esperar de él? Y no digamos de los chicos educados y maleducados en el SEU, en el «César Carlos», en el Opus, en los Cursos de Cristiandad, en... Son los chicos del franquismo ritual. Se han saltado a la torera el franquismo, y el gesto es digno de ser agradecido. Lo hicieron por conveniencia. Muy bien. De eso nos beneficiamos, y no de los gargarismos literarios de Carrillo y de su ex amigo Calvo Serer y sus grotescas «juntas democráticas». Pero ellos siguen siendo franquistas. Recibieron el poder del franquismo, y no desean que se les escape. Es lo lógico. Con ese material humano en las cimas de la Administración se intenta montar la «democracia». En eso estamos. La piedra de toque, más que los ministros, son los gobernadores civiles de provincias. Los que vivimos en provincias somos muy sensibles al fenómeno. La figura jurídica del gobernador civil todavía no ha sido discutida por esas «izquierdas» parlamentarias que son las primeras en padecer las consecuencias.

Y lo más preocupante: el franquismo difuso, el «franquismo sociológico», como dicen algunos, que está sobrecogedoramente generalizado. Es la batalla que el Caudillo, como el Cid, está ganando después de muerto. Cuarenta años de dictadura calan hasta el fondo: hasta las capas sociales más impermeables. Han calado. Hay una «mentalidad» común prefabricada por los antecedentes del antiguo régimen. Un ciudadano cualquiera, aún considerándose y sintiéndose de izquierda, muchas veces se expresa y se comporta como un «franquista» de toda la vida. En la «política local», desperdigada en la geografía celtibérica, el «franquismo», los mecanismos ideológicos del franquismo, perduran. Y no sólo a través de la UCD, que recibió el «legado» y lo mantiene, sino que hasta los troskos, si queda alguno, y el resto, y los del medio, sufren y aceptan la «marca del esclavo» que procede de la dictadura. Si el propósito es alejarnos de Franco y sus manipulaciones, me temo que no avanzamos mucho. La derecha actual es gozosamente franquista, errando el camino; la izquierda es boba, y así le luce el pelo. Doy por supuesto que la derecha ha de ganar siempre: viene ganando desde el Paleolítico Superior. La izquierda, cuando no es capaz de hacer una revolución, por lo menos debería servir para retajar o fumigar el fascismo al acecho. Pues ni eso. Me alarma esa eventualidad.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LA VIUDA DE NERUDA NO HA SIDO DETENIDA

Señor Director:
En la edición de «La Vanguardia» correspondiente al día 4 del mes en curso, se publicó un artículo de que es autor el escritor chileno don José Donoso en que, bajo el título de «Colofón al tema de los antropófagos» y entre otros temas, se informa sobre la supuesta detención en fecha reciente, por efectivos policiales de mi país, de doña Matilde Urrutia viuda de Neruda. El señor Donoso dio demostración de sus extraordinarias condiciones de novelista al extenderse en el relato de los atropellos de que habría sido víctima dicha dama. Estoy en situación de informar al señor Director que la señora Neruda «no ha estado detenida», y por lo tanto, desmienta las afirmaciones que sobre el particular hizo el señor Donoso en su artículo.

Lamento como chileno que tan distinguido escritor, cuya obra literaria admiro, se sume a quienes por razones harto conocidas se empeñan en deformar la realidad de Chile y contribuyen a presentar en el exterior una falsa imagen de nuestro país.

Hernán AMAYA VIDELA
Agregado de Prensa
de la Embajada de Chile

«EXCURSION A ANDALUCIA»

Señor Director:
Le ruego la publicación de la presente carta, referente al artículo «Excursión a Andalucía» de su excelente colaborador señor Fuster, publicado el 5-5-79, en el que dice: «Fui a Andalucía, lo confieso, a encontrarme con el "andalucismo". No con los "andalucistas", que, como todos los "istas", suelen ser personas obesas, unos "neuras de tomo y lomo" de lo que manifiesta estar seguro por ser uno de ellos.

Tras ofrecer sus respetos al «cante andaluz», vaticina que el futuro de Andalucía ha de basarse en las discotecas y el rock, en vez de entonar bulerías. Y digo yo: ¿Por qué no con bibliotecas y cante por soleares?

El cante andaluz, como la muñeira o la sardana, son expresiones genuinas del pueblo, pero no veo la necesidad de sustituirlas. No todo el cante andaluz es lamento a lo «cante espiritual negro» al que puede acercarse en lo social, pero no en lo antropológico que es otra cosa. Manuel de Falla, el que hizo famosa «La Atlántida» de Verdaguer, con su música universal, sabía mucho de ese cante.

¿Por qué los andaluces que se marcharon de Andalucía, acabarán siendo alemanes, suizos o catalanes? ¿No siguen siendo y sintiéndose gallegos, asturianos o catalanes los que marcharon por esos mundos, impulsados por los motivos que fueren? ¿Por qué hemos de olvidar, pongo por caso, el Cristo de los Faroles o que los dos últimos Premios Nobel de Literatura españoles fuesen andaluces?

Cuando quiera degustar el famoso gazpacho, señor Fuster, vaya a un buen restaurante; nunca encontrará un buen caldo gallego o unas excelentes «mongetas amb butifarra» en una pésima fonda.

Andalucía ha sido víctima de muchas injusticias y politiquerías de pande-reta, estoy plenamente de acuerdo, pero ¡por favor!, señor Fuster, ¿No tiene otra palabra mejor que albañal para esa sufrida mano de obra andaluza?

José OBREGON ROLDAN

LOS MALOS EJEMPLOS DE TVE

Señor Director:
La TVE es un mal ejemplo para el pueblo. En primer lugar nos emite unos anuncios en los que el modelo de vida no es ni mucho menos el que corresponde a obreros incluyendo a la burguesía, ya que esta clase social hoy está tan afectada de la consabida crisis económica como pueda estarlo el proletariado. Ricos han habido, hay y siempre habrán, y no es a éstos a los que afecta el hecho de ver en la televisión unos ambientes que son precisamente los suyos: grandes fiestas, casas de superlujo junto al mar, yates que vuelan, viajes exóticos donde se ve a un señor rodeado de preciosas hawaianas semidesnudas refrescándose con un pay-pay, coches aerodinámicos aparcaendo junto a un castillo, etc. Y todo eso con el único fin de que nosotros, «el rebaño», comprendamos un determinado detergente, una colonia, un spray, bebamos licor, viajemos y lo hagamos con unos «tejanos» y un calzado X. Nos programan, y no niego que como mujer o como cualquier ser me gusta comprar «moda», ofrecer un aspecto agradable y disfrutar de ciertas comodidades.

Pero me llama la atención comprobar, día a día, cómo y de qué manera provoca TVE con sus anuncios. Si provoca, porque las mentes sencillas piensan que se les está cuando no es real ni honesto decirles: ¡esto es vida!, y que son desgraciados por no poseer tal o cual cosa, que aquellos que otros tienen. Aquí, la falta de psicología es grande, una televisión que perturba la tranquilidad de las personas en sus limitaciones. Luego nos preguntamos: ¿Por qué esa desatada sociedad de consumo?, o exclamamos: ¡ja gente sólo quiere vivir bien sin trabajar! ¿Cómo no? Si el medio informativo y más martilleante lo tenemos dentro del hogar diciéndonos las cosas que la vida nos puede ofrecer.

A este gran error se añade otro, los presentadores tanto masculinos como femeninos, salen a esa ventana abierta a traje y peinado por día. ¿Qué es esto, un desfile de modas o unos empleados de televisión? Que cada cual en su vida privada haga lo que quiera, pero en mi opinión, la imagen que dan estos presentadores no dice nada en favor de ellos mismos ni de sus dirigidos. Vuelvo a repetir que hay que tener en cuenta a la mayoría, al pueblo, que éste a la fuerza debe sentir indignación por el exhibicionismo de unos presentadores que además realizan su trabajo con un aire de evidente superioridad.

Además, son muchas las personas que en esta misma sección se han quejado del horario de programación, sin que TVE haga el menor caso, otra paradoja cuando se nos dice que debemos ahorrar energía. No lo digo por mí o por algunos, no mu-

chos, que el horario nocturno avanzado nos va bien, sino por los que deben estar en el trabajo a horas muy tempranas y se privan de ver «Los Roper», «Fiesta», con Rosa María Sardá, y filmes que comienzan a las 11 de la noche. ¿Es para la clase dominante la televisión? Porque también es la mayoría la que trabaja, todavía, y conozco a muchos que arrastran un sueño permanente, o bien se quedan contrariados; unos por ver los programas, y otros por no poder hacerlo.

Joana POLO DE PERNAU

LA SOCIALIZACION DE BARCELONA

Señor Director:
El día 3 del corriente, a las 12 de la mañana, fui a intentar pagar una multa de aparcamiento indebido al departamento que la Guardia Urbana tiene en Aragón-Lauria. Intenté dejar mi coche en el chaffán que tiene reservado dicho organismo, ya que había un hueco y se trataba de unos instantes.

Un urbano me dijo que allí no podía, aún después de explicarle de lo que se trataba; le hice observar que había cinco coches, y ninguno con matrícula oficial, contestándome que aquéllos eran de la «casa».

¿Quiénes son los de la casa? Supongo que funcionarios que mientras están en su trabajo disponen de dicho chaffán para su aparcamiento particular.

¿Continuamos con los mismos favoritismos y privilegios que tanto se han criticado en las campañas electorales? Yo no tengo ni formación suficiente ni interés alguno en pretender ver esas cuentas claras que están a disposición del ciudadano, pero sí suficiente sentido común para analizar un hecho tan insignificante pero tan significativo como el que me ha ocurrido. Una cosa es predicar y otra dar trigo, señor alcalde.

UN CIUDADANO

TODAVIA HAY GENTE ESTUPENDA

Señor Director:
Se me extraviaron unas gafas en el Metro, pregunto al jefe de estación número 15 y con unas llamadas telefónicas se localizan.

Veinte minutos, tiempo del recorrido del convoy que parte de Santa Eulalia, un silbato al entrar el tren en la estación y las gafas en mi poder.

Gracias, pues, a la persona que las halló entregándolas al jefe de tren y gracias a los jefes de estación. Estos pequeños detalles demuestran que en nuestra ciudad todavía hay «algo» que funciona.

J. PETIT

con lo que esto comportaría en los alumnos de limitación incluso meramente cultural; de incapacidad para comprender nuestra cultura —cuya matriz está en la tradición judeo-cristiana— y para integrarse en una sociedad en la que la religión ha tenido y tiene una influencia notable.

Teniendo en cuenta de manera especial esta dificultad, muchos deseaban que la libertad fuese clara para recibir o no formación o catequesis, pero que se hubiesen establecido para todos unos cursos de instrucción sobre el contenido de la religión y la cultura cristianas, e incluso sobre las religiones en general. Pero sobre esta cuestión hay división de pareceres en la Iglesia católica: mientras para unos la «clase de religión» en el ordenamiento escolar ha de entenderse como cultura e instrucción religiosa, para otros ha de incorporar también una dimensión más formativa y catequética. Un diálogo entre ambas tendencias aparece como especialmente urgente en estos momentos.